

gros.... á mí...., como á Wellington!... El reposo.... ¡Cómo reirán en White-Chapel!....

Sin estertor, sin hipo, sin agonía ni sufrimiento alguno, la vida de Bob se fué extinguiendo lentamente, como si se quedase dormido, reflejando en su rostro una alegría tranquila.

—¡*Good night!* ¡Buena noche!—dijo aún.

Y el viejo paria de la *City* de Londres se durmió definitivamente, para no despertarse jamás.

Estradère abandonó aquella arrugada mano que se helaba por momentos, y después de haber firmado el proceso verbal, se aproximó de nuevo al cadáver del pobre corredor nocturno, y con la última mirada le dió también su último adiós.

Después, volviéndose hacia los agentes, les preguntó:

—¿Cuánto cuesta en Inglaterra un entierro de primera clase? Deseo, como acabo de prometer, que este desgraciado sea enterrado como un rico.

Sobre el rostro del cadáver se habían grabado ya los rasgos majestuosos del eterno reposo, y, sin embargo, no se había borrado aún la expresión burlona que durante tantos años había estado como estereotipada en aquella fisonomía.

Se hubiera podido creer que la muerte tenía oídos, y que se mofaba ya de la última comedia de la vida.

—Se hará todo como queráis, señor (respondió el sargento de policía). Os entenderéis al efecto con quien tiene á su cargo estos asuntos.

He aquí por qué, dos días después, Bob, el viejo Bob, Bob el miserable, que, como los pájaros ó las ratas, se había alimentado toda su vida con las migajas caídas ó arrojadas del festín, tuvo á su muerte los funerales de un millonario.

V.

En White-Chapel.

Bob se engañaba al decir que en el campo de la Puerta azul no corría peligro alguno Genoveva.

Hacía bastante tiempo que estaba como secuestrada en aquel antiguo barrio de Londres, donde la policía no penetra sino con grandes precauciones. Habían transcurrido muchos días, y la *Francesa*, aterrada ante la idea de caer de nuevo bajo la dominación de su madre, no había pensado siquiera en huir. Había llegado, y permanecía en aquel centro sombrío, y entre aquellos seres feroces, que se agitaban como sombras durante la noche, hallando entre ellos á la vez peligros y protección.

Una noche,—el viejo Bob no había regresado desde la víspera,—Genoveva oyó un fuerte ruido á su puerta, y aunque era poco curiosa, salió de su cabaña para saber lo que pasaba.

Hombres, mujeres y chicos corrían gritando y lanzando *hurras* de triunfo hacia un hombre llevado en hombros por otro de estatura y proporciones atléticas, que, distribuyendo apretones de manos entre la multitud, respondía: «Gracias, gracias, amigos míos», á aquellos que le acosaban gritando: ¡Victoria!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Era Tom-Black, el tabernero del *Hacha y del Ancla*, que regresaba de un duelo á puñetazos, en el cual él, que era el campeón de White-Chapel, había derrotado á Toby Summer, el campeón de los aficionados de la aristocracia. El aspecto que presentaba Tom-Black era espantoso.

Tenía el rostro magullado y lleno de abultamientos, que atestiguaban la ruda potencia de los puños de su adversario. Su mejilla izquierda estaba desgarrada, ó, más bien, machacada, y el ojo del mismo lado, casi fuera de su órbita y envuelto en una masa sanguinolenta, se destacaba confusamente sobre la mancha negra que formaba á su alrededor la sangre coagulada interiormente. Tratando de sonreír, mostraba sus dientes felinos y sus labios partidos, de los que manaba sangre en abundancia. Tom-Black estaba horrible, siniestro, repugnante.

Pero á pesar de estar tan maltratado, veía claro uno de sus ojos, y apercibiéndose á Genoveva, que le miraba con espanto, golpeó con sus talones la espalda del idiota que le servía de cabalgadura, y le dijo:

—Para, Dick.

Dick puso su carga en tierra con aire de contrariedad. ¡Se sentía tan orgulloso de llevar sobre sus hombros al vencedor de Toby Summer!

Genoveva entonces quiso huir, ganar la puerta de su cabaña y encerrarse en ella; pero la compacta muchedumbre que se apiñaba alrededor de Tom-Black la cerraba el camino, y la *Francesa* se encontró detenida entre aquella asquerosa chusma cubierta de andrajos, donde no se veían más que rostros patibularios.

—¡Hurra por Tom-Black! ¡Tres hurras por Tom el invencible!—gritó la multitud.

Genoveva tuvo miedo, no de la chusma, sino de aquel hombre.

El boxeador se aproximó á Genoveva, y quitándose galantemente la gorra que cubría su cabeza, la presentó un cinturón bordado, diciéndola:

—El triunfo es para vos. Aceptad este trofeo de honor que acabo de ganar en lucha con mi adversario Toby Summer.

Pálida y con el corazón oprimido, Genoveva no sabía qué contestar, y permanecía inmóvil como una estatua.

Un inmenso y alegre clamor respondió á la galantería de Tom.

Si el escocés era venerado por todos aquellos que rendían culto á la fuerza bruta, la *Francesa* los dominaba también y los encantaba con su gracia y su inocencia.

Se consideraban, pues, dichosos, de ver á su Tom rendir culto á la linda joven.

—¡Bravo, Tom!

—¡Buena idea, Tom!

—¡No hay caballero más cumplido que Tom-Black!

—¡Viva Tom-Black!

—¿Y qué dirá la señora Black?

—Quisiera ver si *dice* alguna cosa,—dijo Tom-Black riendo fuertemente.

Y mostraba su enorme puño cerrado, mientras que con la otra mano ofrecía á Genoveva el cinturón de Toby, diciendo:

—Parece que en los torneos de otros tiempos se ofrecía la corona á la más bella. ¡Pues bien,

miss; á la más bella ofrezco el trofeo ganado al campeón Summer!

Genoveva, azorada, buscaba entre la multitud un rostro humano, una expresión de piedad, sin encontrar más que figuras lúgubres, casi tan repugnantes como la del boxeador.

Sin embargo, llena de dignidad y de disgusto, no quería aceptar el homenaje de aquel hombre brutal á quien temía, y del cual la había tenido que defender el viejo Bob.

—Os doy gracias por vuestra oferta (dijo Genoveva); pero ese trofeo pertenece á mistress Black, á vuestra esposa.

El vencedor de Toby se echó á reír.

—¡He dicho ya que mistress Black no entra en cuenta! ¡Vamos, bella Genoveva; el honor os pertenece! Dadme el beso que justifique vuestra aceptación, y las señales que han impreso en mi rostro los puños de Summer se borrarán bien pronto.

—¡El beso, sí, el beso! (gritó aquella plebe repugnante.) Vamos, *Francesa*; besad á Tom-Black, el campeón de White-Chapel!

—¡Besad á Tom-Black, *Francesa*!

—Tiene necesidad del beso para reponerse (dijo una voz): su cara está mechada como un trozo de solomillo.

La broma produjo una explosión de risa entre aquella muchedumbre alborotadora; pero hirió vivamente el amor propio del tabernero, haciéndole sentir con más fuerza el deseo de rozar su mutilada caricatura con el suave y pálido semblante de Genoveva.

—¡Vamos, reina de la belleza! (dijo, presentando su cara amoratada.) ¡Vamos, milady!

Genoveva retrocedió instintivamente; pero el compacto círculo que la rodeaba la impidió alejarse más, como deseaba, de aquel rostro espantoso que se adelantaba hacia ella.

—¡Y bien, no! (dijo de repente, con una energía singular.) ¡No! ¡Vuestra cara no tocará á la mía! ¡No! ¡no me tocaréis! ¡Jamás! ¡jamás! ¡jamás!

Y había tanto horror en este grito, tanto pudor lastimado, que Tom-Black se detuvo estupefacto, y todas aquellas gentes que reían, gritaban ó aclamaban poco antes, guardaron silencio ahora.

Tom-Black comprendió que esta resistencia debilitaba la autoridad que venía ejerciendo sobre la extravagante población que habitaba las cercanías del *Campo de la Puerta Azul*.

La *Francesa* se mostraba dispuesta á desobedecer al rudo tabernero del *Hacha y el Ancla*, á desobedecerle á él, el matón de aquel barrio de bandidos, el *vencedor* del más terrible campeón de los circos de boxeadores!

¡Una joven de diez y ocho años! ¡Una niña!

—No me habéis comprendido, bella joven (dijo el escocés); yo os ofrezco el cinturón de Toby Summer en cambio de un beso de vuestros labios, y lo que ofrece Tom-Black, nadie lo ha rehusado hasta ahora.

—Es posible (dijo Genoveva con firmeza); pero yo lo rehuso.

Dos corrientes contrarias se dibujaron entonces muy marcadas entre la multitud: la una, dispuesta á obedecer á Tom-Black; la otra, visiblemente atraída por la energía de la joven, que, rígida, con los brazos cruzados sobre el pecho, fijaba atrevidamente sus ojos azules de mirada límpida en los ojos inyectados del *boxeador*.

Tom se encogió de hombros y se adelantó resueltamente hacia Genoveva, cuando se precipitó de repente delante de la pobre joven, interponiéndose entre ésta y Tom-Black, una mujer alta y gruesa, de aire resuelto y varonil, cuya cabeza parecía enorme por el desorden y descuido en que llevaba su abundante cabellera, de un rubio pálido. Esta mujer se plantó delante del *boxeador*, y apoyando sus brazos musculosos en el mango de una enorme escoba llena de lodo, le miró cara á cara, como retándole.

Ocurre á veces entre la multitud, lo mismo que en el teatro, que un sentimiento de atención y hasta de ansiedad se apodera súbitamente de los espectadores, cuando en una situación culminante surge un nuevo personaje.

Este sentimiento se apoderó de los espectadores de aquella especie de duelo entre la voluntad y la cólera, entablado entre Tom y Genoveva, en el momento en que se interpuso aquella valerosa mujer entre la niña indefensa y la brutalidad del *boxeador*.

—¡Ah, es *La Grama*!

—¡Es la alsaciana!

Era, en efecto, una mujer nacida en Alsacia, que había ido á Londres, como tantas otras empujadas por el destino, y que vivía en White-Chapel, ejerciendo el oficio de barrendera. Sus cabellos desgreñados y sucios, desbordándose en mechones por debajo de una papalina de indiana de forma pintoresca, habían dado lugar al *mote* con que era conocida en su barrio.

Pasaba por no estar en su cabal juicio desde que perdió á una hija á quien adoraba.

Esta mujer, que podría tener unos treinta años, había simpatizado con la *Francesa* desde que ésta llegó á White-Chapel, sintiendo hacia ella un afecto casi maternal y una ternura profunda, tanto más de extrañar, cuanto que era desconocida para Genoveva, quien, por su parte, sólo había cruzado hasta entonces algunas palabras con la alsaciana, que vivía cerca de ella, y que la saludaba siempre con la fórmula de:

—¡Buenos días, *paisana*!

Tom-Black se echó á reir viendo delante de sí á *La Grama*, á pesar de que los grandes ojos azules de la alsaciana estaban preñados de amenazas, y sus sólidos puños apretaban convulsivamente el mango de la escoba.

—¿Qué queréis?—le dijo el *boxeador*.

—Quiero que no toquéis á esta niña,—contestó *La Grama* en un dialecto confuso, en que á un francés dudoso, mezclaba frases en inglés mal pronunciado.

—¿Sois vos quien va á impedírmelo?—dijo Tom-Black con ironía.

—¡Yo, sí; yo! Yo soy fuerte como un buey, ¿entiendes?, y si adelantas un paso hacia la señorita Genoveva, clavaré mis uñas en esos ojos que Toby Summer ha hecho casi saltar de su sitio ¡Veamos; atrévetel—dijo la alsaciana, extendiendo su brazo rígido como una barra de hierro, un brazo musculoso como el de un Hércules.

En este momento mismo, Genoveva, lívida y próxima á desmayarse, sintió una mano amiga, una mano suave, una mano de mujer ó de niño, que cogía la suya, y oyó una voz dulce, de una ternura infinita, que murmuró muy quedo en su oído:

—¡Nada temáis, señorita; si Tom-Black da un paso hacia vos, es hombre muerto!

La joven se volvió con presteza, y vió á su lado á un adolescente, pálido como ella, de hermosa y negra cabellera, cuyos grandes ojos parecían animados por la fiebre, y cuyos labios pálidos temblaban.

Este joven, vestido pobremente, empuñaba en su mano crispada un largo cuchillo, cuya hoja vió Genoveva brillar bajo su chaqueta desgarrada.

—¡Vos no me conocéis, señorita (añadió el joven, cuya voz pareció á Genoveva deliciosa como una caricia); pero yo vivo con los ojos fijos en vos! ¡Yo os sigo con mi alma desde el fondo de mi miseria! ¡Yo os amo, y os defenderé!... ¡Y si ese hombre adelanta, le esconderé esto en el corazón!

Genoveva tembló, pero se sintió animada, defendida. Y, sin embargo, los únicos protectores que encontró entre aquella multitud, eran una mujer y un niño!

Le faltaba Bob: un viejo.

Tom-Black se adelantó hacia la *Francesa*; pero antes que el cuchillo del joven pálido, iba á encontrar el brazo extendido de la alsaciana.

La Grama le cogió por el cuello, y no le soltó, aunque el terrible puño del boxeador cayó sobre el suyo, tratando de hacerle soltar la presa.

Mientras tanto, los gritos, las risas y dicharachos comenzaron de nuevo entre la multitud, ávida de espectáculos y deseosa de asistir á una nueva lucha.

—¡Un penique por la alsaciana!

—¡Tres peniques por *nuestro* Tom!

—¡Hurra por *La Grama*!

—¡Hurra por Tom el invencible!

—¡Valor, *La Grama*! ¡Muérdele en la nariz!

—¡Una patada en el vientre de la extranjera, Tom-Black!

La alsaciana oía todo esto, y reía á carcajadas, teniendo siempre al boxeador al extremo de su brazo de coloso. Queriendo herirle, golpeó la dolorida mandíbula de este hombre, magullada por los golpes de Toby Summer, y arrancó al vencedor un grito de dolor y de rabia; en al acto Tom se desprendió de las garras de la valiente mujer, y dirigió á ésta amenazas y juramentos tan terribles, que hubiera podido pensarse que *La Grama* iba á ser aplastada como un sapo.

Pero en el momento en que esta extraña escena tomaba un carácter trágico, lo cómico, y lo cómico lúgubre, se mezcló en ella. Mistress Black acudió llorando, y se interpuso entre su marido y la alsaciana. Se agarró fuertemente al primero, rodeándole el cuerpo con sus brazos, y le suplicó que volviera á la taberna. Una explosión de risa, de esa risa gutural y colosal que es la manera de reir de los ingleses, se dejó sentir repentinamente entre los espectadores.

—¡Que el diablo se lleve á las mujeres!... (gritó Dick, el idiota que había servido de cabalgadura á Tom-Black.) ¡Todas ellas se entienden como los demonios en Carnaval! Sin esa, ¡qué buen puñetazo hubiera recibido la alsaciana! ¡Un puñetazo de maestro!

El joven pálido que poco antes había dirigido á Genoveva aquellas palabras que tanto interés le demostraron, aprovechando la confusión, había conducido á la joven hasta su cabaña, y puéstola en